





95



# Encender una Hoguera



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2018

Título original: *To Build a Fire*, 1901 & 1907

Edición basada en la publicada por la Stanford University Press, California, 1993

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2017 y 2018

Ilustraciones © Raúl Arias, 2011

IBIC: FJ

ISBN: 978-84-16968-41-1

Depósito legal: M-11765-2018

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Tórculo Comunicación Gráfica

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Encender una Hoguera

Jack London

Ilustraciones de Raúl Arias

*Traducción de Susana Carral*





# Índice

*Presentación* 11

Encender una hoguera [1907] 15

Encender una hoguera [1901] 75



## *Presentación*



**F**RÍO, SOLEDAD, NATURALEZA SALVAJE... y perro. Pocas narraciones resumen la literatura de Jack London (1876-1891) con tanta perfección como *Encender una hoguera* (1907), considerado el mejor relato de su autor. La idea de abandonar a un hombre en un paisaje glacial, a más de sesenta grados bajo cero rondaba a London desde que en 1901 publicó una primera versión de este cuento en la revista *Youth's Companion*, dirigida preferentemente al público juvenil.

Seis años después lo rehizo, dotándolo de mayor carga dramática, para *Century Magazine* y en 1910 lo recopiló en el volumen *Lost Face*. Pese a que John Griffith London había nacido al calor de la bahía de San Francisco, conocía muy bien las sensaciones que asaltan cuando el frío agarrota todos los miembros del cuerpo y el can-

sancio conduce a la derrota fatal del sueño. Con solo 21 años había viajado a Alaska en busca de oro y lo encontró en la cantidad de obras que le inspiró esa experiencia y que lo convirtieron en el escritor de mayor éxito de su época.

Eso sí, atendiendo a la maldición de los bohemios, dilapidó su fortuna, destrozó su hígado a base de alcohol y sus dos matrimonios acabaron en un relativo fracaso. Medio centenar de obras dan cuenta de la calidad y fuerza de London, que para algunos murió a los 40 años de edad de una dolencia de riñón y para otros se suicidó con una sobredosis de morfina, teoría que actualmente cotiza a la baja.

*Encender una hoguera* guarda alguna similitud con *La llamada de la selva* (1903) y *Colmillo blanco* (1906), tal vez sus dos novelas más conocidas. Las tres tienen como escenario los bosques nevados, las tres hablan de fidelidad de un perro a su amo, de soledad y de muerte, pero *Encender una hoguera* es más inquietante y, en ocasiones, se aproxima al terror. El mismo que sintió el autor durante su aventura por las riberas del Klondike.

Esta edición, ilustrada por Raúl Arias ofrece las dos versiones del relato. La última y definitiva, que es la que inspira los dibujos expresionistas, casi gélidos de Raúl, y la primera, ambas traducidas por Susana Carral de acuerdo con la obra fijada por la Universidad de Stanford en su edición canónica de *Cuentos completos* de Jack London. Las imágenes son de tal expresividad que merecerían ser impresas en hielo.

Sus dibujos transmiten perfectamente la angustia y soledad del protagonista del cuento, la ominosa presencia de la naturaleza salvaje, el

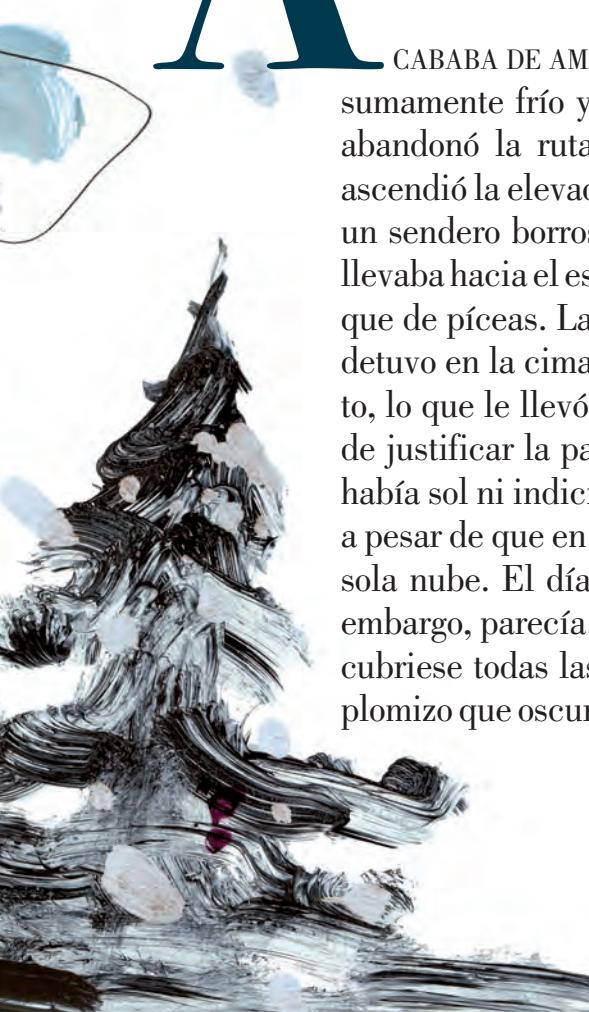
egoísmo del ser humano cuando ve peligrar la vida y, al mismo tiempo, su torpeza para conseguir que no se le escape.

Y el perro, el mejor amigo de su enemigo humano, sombra constante de todo el relato, al que Raúl salpica sutilmente entre la nieve de este libro blanco como el invierno, que apetece leer al calor del fuego en los meses más fríos del año y a refugio del sol para refrescar los calores en verano. Puro London.

#### EL EDITOR

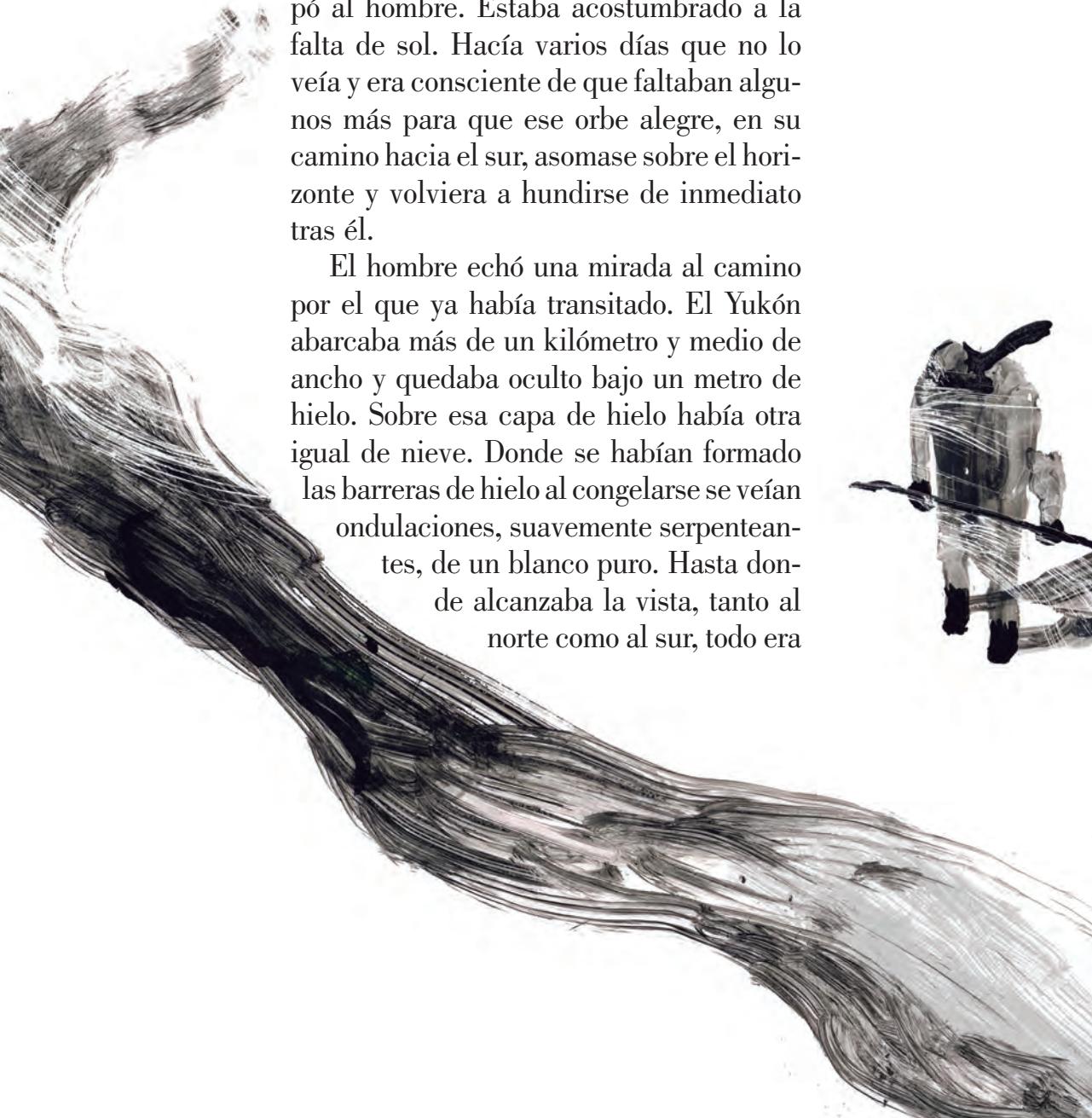






# A

CABABA DE AMANECER un día frío y gris, sumamente frío y gris, cuando el hombre abandonó la ruta principal del Yukón y ascendió la elevada loma, en la que se veía un sendero borroso y poco transitado que llevaba hacia el este a través del denso bosque de píceas. La loma era empinada y se detuvo en la cima para recuperar el aliento, lo que le llevó a consultar el reloj a fin de justificar la pausa. Eran las nueve. No había sol ni indicios de que fuera a brillar, a pesar de que en el cielo no se veía ni una sola nube. El día estaba despejado y, sin embargo, parecía que un manto intangible cubriese todas las cosas, un discreto tono plomizo que oscurecía el día y que se debía



a la ausencia del sol. Pero eso no preocu-  
tó al hombre. Estaba acostumbrado a la  
falta de sol. Hacía varios días que no lo  
veía y era consciente de que faltaban algu-  
nos más para que ese orbe alegre, en su  
camino hacia el sur, asomase sobre el hori-  
zonte y volviera a hundirse de inmediato  
tras él.

El hombre echó una mirada al camino  
por el que ya había transitado. El Yukón  
abarcaba más de un kilómetro y medio de  
ancho y quedaba oculto bajo un metro de  
hielo. Sobre esa capa de hielo había otra  
igual de nieve. Donde se habían formado  
las barreras de hielo al congelarse se veían  
ondulaciones, suavemente serpenteán-  
tes, de un blanco puro. Hasta don-  
de alcanzaba la vista, tanto al  
norte como al sur, todo era





ininterrumpidamente blanco, excepto por una línea oscura y muy delgada que se curvaba y retorcía partiendo de la isla cubierta de píceas que se veía al sur y que continuaba, entre curvas y serpenteos, hacia el norte, donde desaparecía detrás de otra isla cubierta de píceas. Esa línea oscura y delgada era el camino —el principal— que discurrecía hacia el sur durante ochocientos

kilómetros y llevaba al paso Chilkoot, Dyea y el agua salada; y hacia el norte hasta Dawson, a cien kilómetros, y aún más al norte, a mil quinientos, hasta Nulato y luego hasta St. Michael, en el mar de Bering, a dos mil quinientos kilómetros de distancia.

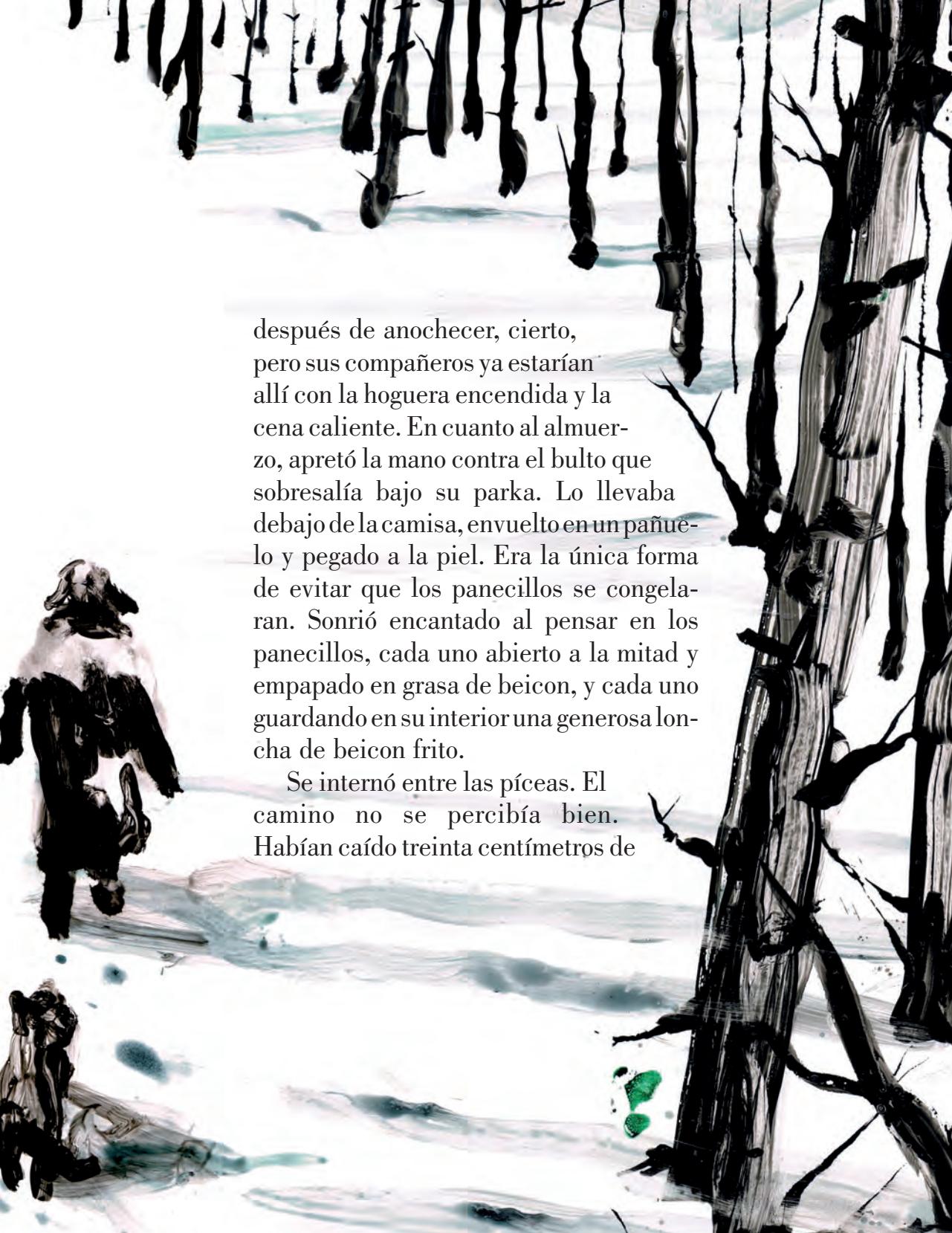
Pero todo eso —el camino como una línea delgada, largo y misterioso, la ausencia del sol en el cielo, el extraordinario frío y lo raro y extraño que la suma de todo ello resultaba— no afectó al hombre. No porque estuviese acostumbrado. Acababa de llegar a aquella región, era un *chechaquo*<sup>1</sup>, y ese, su primer invierno en ella. Su problema era que no tenía imaginación. Era listo y despierto para todo lo cotidiano, pero solo en relación a las cosas y no a su significado. Cuarenta y cinco grados centígrados bajo cero eran muchos grados por debajo del punto de congelación. Ese hecho le indicaba que hacía frío y podía resultar desagradable, pero nada más. No lo llevaba a pensar en su fragilidad como individuo dependiente de la temperatura, ni en la fragilidad del hombre en general, capaz de vivir solo dentro de unos límites estrictos de frío y calor; y, a partir de ahí, tampoco lo llevaba al campo especulativo de la inmortalidad y el lugar que el hombre ocupa en el universo. A 45° C bajo cero la mordedura del frío podía hacer mucho daño y había que

<sup>1</sup> Término que en la jerga de la zona se aplicaba a los recién llegados a Alaska o a la región del Yukón.

protegerse de ella usando manoplas, orejeras, mocasines abrigos y calcetines gruesos. Para él, 45° bajo cero eran exactamente 45° bajo cero. Nunca se le ocurrió pensar que pudiesen significar algo más.

Al girarse para continuar escupió con la intención de comprobar qué ocurría. Se oyó un chasquido nítido, como una explosión, que lo sobresaltó. Volvió a escupir. Y de nuevo la saliva restalló en el aire, antes de caer sobre la nieve. Sabía que a 45° bajo cero la saliva crujía sobre la nieve, pero la suya había restallado en el aire. Sin duda, el frío superaba los 45° bajo cero, aunque cuánto más, eso ya no lo sabía. Pero la temperatura no importaba. Se dirigía a la concesión situada en el horcajo izquierdo del arroyo Henderson, donde ya estaban sus compañeros. Ellos habían llegado cruzando la divisoria desde el territorio del arroyo Indian, mientras él daba un rodeo para comprobar si existía la posibilidad de transportar troncos en primavera desde las islas del Yukón. Llegaría al campamento alrededor de las seis; poco





después de anochecer, cierto, pero sus compañeros ya estarían allí con la hoguera encendida y la cena caliente. En cuanto al almuerzo, apretó la mano contra el bulto que sobresalía bajo su parka. Lo llevaba debajo de la camisa, envuelto en un pañuelo y pegado a la piel. Era la única forma de evitar que los panecillos se congela-  
ran. Sonrió encantado al pensar en los panecillos, cada uno abierto a la mitad y empapado en grasa de beicon, y cada uno guardando en su interior una generosa lon-cha de beicon frito.

Se internó entre las píceas. El camino no se percibía bien. Habían caído treinta centímetros de

nieve desde que el último trineo pasara por allí y se alegró de no llevar él uno, de viajar ligero. De hecho, solo llevaba el almuerzo envuelto en el pañuelo. Sin embargo, el frío lo sorprendió. Mientras se frotaba la nariz y las mejillas entumecidas con la mano enguantada pensó que hacía un frío tremendo. Usaba bigote para conservar el calor, pero el pelo del rostro no protegía los pómulos salientes y la prominente nariz que hendía el aire gélido con agresividad.

Pisando los talones del hombre trotaba un perro, un husky grande, esa raza nativa, el verdadero perro lobo de pelaje gris y sin diferencias

